

ficar al rey vencedor el auto pontifical; mas en el intervalo habian cambiado las cosas. Le fué mas fácil á Luis de Hungría conquistar que conservar. Los Napolitanos se cansaron pronto de una tétrica y despótica dominacion: la peste vino en su ayuda, y despues de cuatro meses de mando, se fué Luis de Nápoles. Casi al mismo tiempo entraban en el reino Juana y su esposo; pero su temible enemigo no queria paz con ellos todavía. En 1350 apareció de nuevo en Italia, y con su armada desembarcó en Manfredonia. No le costó mas la segunda conquista que la primera, y Juana se refugió á Gaeta. Felizmente para ella, el rey de Hungría veia que estas expediciones lejanas le arruinaban su tesoro sin compensacion ni resultado: oyó las proposiciones de acomodamiento que le mandó presentar Clemente VI por el cardenal Guido de Bolonia, y consintió en restituir á Juana sus Estados, con condicion de que se justificase jurídicamente del asesinato de su hermano Andrés, y que le pagase una indemnizacion de trescientos mil florines para cubrir sus gastos de guerra. La primera cláusula fué muy fácil de cumplir. Cuando el papa abrió el proceso, nadie se presentó á su tribunal para acusar á Juana, y como no habia ninguna pieza auténtica contra ella, se la declaró inocente. Pero el artículo de los trescientos mil florines era inejecutable para una reina cuyos tesoros estaban agotados. Se creyó iban á comenzar de nuevo las hostilidades, cuando los plenipotenciarios húngaros declararon que su amo no habia hecho la guerra para amontonar dinero, sino para vengar la muerte de su hermano, y que perdonaba á Juana la suma exigida primitivamente. Fué acogida esta magnánima declaracion con espontáneas aclamaciones por el consistorio, y la paz definitiva, firmada por los embajadores, fué ratificada por el papa el 14 de enero de 1352.

23. Roma habia visto entretanto salir de los tumultos populares uno de esos famosos aventureros que llenan al mundo de espanto, sacan de tino á la historia, brillan por un momento como héroes, y despues de una caída tan rápida como su elevacion, vuelven á sumirse en la oscuridad de que salieron.

Nicolás de Rienzi, nacido de muy baja esfera, era uno de esos caracteres atrevidos para quienes toda revolucion es un pedestal. Habia angustiado su ánimo el espectáculo de anarquía de que habia sido testigo en sus primeros años, y hubiera querido volver á su patria el esplendor de sus gloriosas épocas pasadas. Con este objeto hizo modo de ser delegado por sus conciudadanos para una segunda embajada á Clemente VI. No dejó piedra por mover para decidir á la corte pontifical á que regresase á Italia. Pero aun no era llegado el tiempo. El soberano pontífice, protector ilustrado de todo mérito, admiró la elocuencia, elevacion de miras y superioridad de ingenio del jóven negociador. Despidió á Rienzi, cargado de ricos presentes, y le nombró notario de la cámara apostólica en Roma, dignidad muy lucrativa. Pero este beneficio fué en manos del tribuno una arma contra su bienhechor. El 20 de marzo de 1347, Rienzi subió al Capitolio, se hizo dar el título de *Libertador de Roma y de la Italia*, proclamó una constitucion que ponía en sus manos la dictadura, y anunció el proyecto de reconstituir bajo el plan de Augusto un nuevo imperio romano. Varios correos iban al mismo tiempo á Aviñon para solicitar del papa la confirmacion de este inaudito poder. Corria entretanto la fama de Rienzi por toda Europa: se le miraba como un hombre extraordinario; su nombre era conocido de todos, y los poetas, Petrarca al frente, compusieron en su honor estrofas que muy pronto fueron populares. Clemente VI era sobrado hábil para resistir abiertamente á un entusiasmo sobrado violento para ser duradero; dió una respuesta evasiva, reconoció la constitucion en cuanto no se separase en la práctica de los derechos de la justicia; le censuraba empero el modo irregular y revolucionario con que se habia dado á luz, y se reservaba el derecho de pronunciar, si lo juzgaba á propósito, una sentencia definitiva. Pero el tiempo se encargó de darla antes que el papa. El carácter de Rienzi no estaba á la altura de su fortuna, y se trastornó su cabeza así que se vió en la cima del poder. Su orgullo, que degeneraba en locura, su dominacion, que degeneraba en crueldad, enemistaron muy pronto contra él hasta sus mas

celosos partidarios. Un motin le elevó y otro motin le echó abajo. Se vió precisado á huir y se refugió á la Alemania, disfrazado de lego franciscano : el legado de la Santa Sede pronunció contra él y sus adietos sentencia de excomunion : y la autoridad fué puesta en manos del vicario pontifical y de los senadores, año 1348. Pocos dias bastaron para borrar las huellas de la administracion tribunicia.

24. En tanto que el soberano pontífice hacia los mas generosos esfuerzos para apagar el fuego belicoso que asolaba á Francia, Inglaterra, España, Italia y Alemania, el Oriente vomitó sobre Europa el azote mas terrible. Un contagio, llamado la *peste negra*, salido de las provincias setentrionales de la China, llamada entonces Cathay, fué importado en bajeles italianos de Pisa y Génova. Se extendió con espantosa rapidéz por Italia, Francia, Alemania é Inglaterra, y casi los dos tercios de la poblacion de entonces sucumbieron en Europa á sus ataques. Como la peste tenia alguna analogía con el veneno, se atribuyó tan espantosa mortadad á la corrupcion del aire y del agua, y se acusó á los Judíos de ser causa de ella por sus maleficios y emponzoñamientos. Algunos Judíos, vencidos del dolor en los tormentos, por librarse de ellos confesaron este crimen; y habiéndose hallado realmente veneno en un pozo, estas sospechas tomaron muy pronto carácter de hecho notorio. Comenzó pues desde entonces una matanza general de todos los Israelitas en la Suiza, Alemania, Alsacia y orillas del Rhin. Clemente VI era sobrado ilustrado para dar crédito á estas acusaciones, y padecia infinito su corazon paternal de ver las consecuencias de tal extravío, é interpuso en su favor su autoridad pontifical. Por bula del 4 de julio de 1348, prohibió acusar á los Judíos de crímenes imaginarios, amenazar su vida ni tocar sus bienes antes de sentencia judicial. Mas no habiendo producido efecto esta medida, público otra bula, el 26 de setiembre, en que despues de probar la inocencia de los Judíos, en este lance, mandó á todos los obispos publicasen pena de excomunion contra los que los atacasen. — Se mostró Clemente VI celosísimo durante la peste. A pesar de

los estragos del contagio en Aviñon, lejos de abandonar la ciudad, organizó un servicio de médicos, medicinas, curanderos y socorros para los pestiferados, así como para el decente entierro de los difuntos; al propio tiempo que dictaba leyes y precauciones de policia para que no se extendiese la epidemia. Revistió á todos los metropolitanos de amplias facultades para conceder indulgencias á los fieles que muriesen de peste, así como á todos los sacerdotes y fieles de ambos sexos que socorriesen á los enfermos. Consolados los enfermos, morian con mayor resignacion unos, y otros cobraban ánimo para vencer los ataques contagiosos. El sentimiento de la justicia divina, que visiblemente aparecia en este azote, despertó en las poblaciones una devocion fanática de que ya habia dado ejemplos el siglo anterior. Reaparecieron en Flandes, la Lorena, Hungría y toda la Alemania les *Flagelantes*; y muy pronto dieron qué hacer á los gobiernos por su pillaje, crueldades y borracheras, y á la Iglesia por muchos errores contra la fe. Felipe de Valois les prohibió la entrada en Francia, y Clemente VI los condenó de nuevo en su bula del 20 de octubre de 1349, mandando á los obispos y príncipes detuviesen los progresos de tal supersticion, impidiesen sus asambleas y aun que encarcelasen á los jefes (años 1348 á 1350).

25. El Jubileo secular se abrió en el momento en que la peste iba cediendo. Este favor spiritual fué como el arco iris despues del diluvio, señal de reconciliacion entre el cielo y la tierra, y manantial de consuelos para los que habian escapado de esta terrible prueba. Los fieles esperaban con santa ansia la llegada del año santo, y el número de peregrinos que fué á Roma se contó como gran fenómeno por los historiadores. Desde Navidad, época de la abertura del Jubileo, hasta el 28 de marzo, dia de Pascua en este año, hubo muchas veces á un tiempo hasta un millon y doscientos mil peregrinos, y nunca menos de un millon. Como la peste habia sido tan terrible y general, no hubo acontecimientos públicos de otro género, y todo parecia muerto. La Italia fué la primera en dar señales de nueva actividad y vida política. Pero desgraciadamente este desperta-

miento fué señalado por una reaccion mas formidable que nunca contra la autoridad pontifical. En Bolonia, los Pépolis; en Faenza, los Manfredis; los Polentas en Ravena; los Oderlaffis en Forli; los Malatestas en Rimini, y la familia de Este en Ferrara, crearon en su provecho otros tantos Estados. En Milan, el duque arzobispo Juan Visconti se apoderó de una parte de la Romaña en perjuicio de la Santa Sede. El papa le citó en 1351 á su tribunal. El arzobispo nada respondió por de pronto, pero convidó al legado á que se hallase al día siguiente por la mañana en la catedral. Allí, en presencia de todo el pueblo se hizo repetir las intimaciones pontificales: luego, tomando con una mano el báculo, con otra la espada, y volviéndose hácia el nuncio, dijo: «Id á decir al papa, Monseñor, » que con la una sabré defender la otra. » Clemente VI respondió á este insulto poniendo entredicho á Milan. Visconti recurrió al papa con negociaciones: se le perdonó mediante una multa de cien mil florines á la cámara apostólica. Fué el último acto de Clemente VI, que murió el 6 de diciembre de 1352, dos años despues de Felipe de Valois, muerto en 1350, y cuyo hijo, Juan II, llamado el Bueno, inauguró un reinado que habia de ser tan fatal á la Francia.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO VI (18 de diciembre de 1352-12 de setiembre de 1362).

26. Un hecho, hasta entonces sin ejemplar, se verificó en el conclave. Redactaron los cardenales reunidos un cuasi-compromiso que firmaron y juraron ejecutar. Segun esta acta, el papa futuro no habia de poder nombrar nuevos cardenales sin consentimiento del sacro colegio; como igualmente era necesario aquel para nombramientos y destituciones de los altos funcionarios, y en fin para dar el gobierno de las provincias ó ciudades de los Estados pontificios. Si hubiera subsistido tal compromiso, hubiera sido una fantasma el papa; y habria reinado de hecho el sacro colegio. El cardenal de Ostia, Estéban Aubert, nacido en la aldea de Beyssac, en el Limosin, fué elegido el 18 de diciembre de 1352, y tomó el nombre de Inocen-

cio VI. Su primer cuidado fué abrogar el compromiso hecho por los cardenales (1), y revocar la constitucion de su antecesor tocante las reservas y expectativas. Declamó contra la pluralidad de beneficios, é intimó á cada titular, so pena de excomunion, guardar su residencia; lo cual purgó la corte romana de una turba de inútiles cortesanos, verdaderos trujamanes. La magnificencia de Clemente VI fué reemplazada por un gobierno económico y rígido, y por un celo ilustrado por las reformas. Mandó no se confriesen las sagradas órdenes ni los beneficios sino á los beneméritos. «Las dignidades eclesiásticas, decia » Inocencio VI, han de ser premio de la virtud, no del nacimiento. » Y así se ven sucederse en el trono pontifical hombres que, perteneciendo á géneros diversos, reúnen en grado eminente cualidades distintas. La Providencia, que vela por la Iglesia, escoge para cada época los caracteres mas oportunos; la unidad en la doctrina, y el depósito de la fe se van perpetuando con la misma integridad á pesar de la divergencia de administraciones.

27. Se hallaba á la sazón Europa en una de las mas complicadas situaciones, y el nuevo papa estaba llamado á resolver multitud de cuestiones importantes y difíciles. En el Norte, la Francia é Inglaterra habian roto su tregua, y á pesar de los esfuerzos del cardenal Guido de Bolonia, se preparaban á una lucha mas desastrosa que las dos anteriores. En el mediodía, la Italia presentaba tantos campos de batalla como ciudades, y la Santa Sede solo tenia una autoridad nominal. La Castilla era siempre teatro de las violencias de Pedro el Cruel. Solo la Alemania gozaba de paz bajo el cetro de su emperador Carlos IV: triunfaba la política de Clemente VI.

28. Carlos IV habia cumplido fielmente sus promesas anulando los actos y decretos de Luis de Baviera, contrarios á los derechos de los papas. En 1355, vino este príncipe para recibir la corona imperial: su viaje fué un triunfo. Cardenales

(1) Inocencio VI antes de su eleccion habia firmado esta acta con la restriccion siguiente: «En cuanto esté conforme á derecho.»